

Rafael Núñez Florencio, *El peso del pesimismo: del 98 al desencanto*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2010. 480 pags.

En la primera página de *Conversación en La Catedral*, el protagonista de esta aclamada novela de Vargas Llosa contempla ensimismado y con tristeza la estampa de una céntrica avenida de Lima, meditando sobre la situación del país y planteándose un interrogante cuya formulación ha hecho fortuna: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”

Quizá un pensamiento parecido, aunque no relacionado en este caso con el Perú, sino con España, y no referido al origen de su decadencia nacional, sino más bien a la percepción y al discurso sobre este declive, es lo que intuyo que puede haber impulsado al historiador Rafael Núñez Florencio a escribir *El peso del pesimismo: del 98 al desencanto*, un documentado y sugerente ensayo de historia cultural e intelectual sobre la genealogía y el desarrollo del pesimismo en el pensamiento y la cultura española desde las décadas finales del siglo XIX hasta nuestros días, partiendo en su análisis de lo que son para el autor dos evidencias: que “el pesimismo es uno de los rasgos definitorios de la España del siglo XX”, y que, sin embargo, “ni es exclusivo de este tiempo ni de este país” (p. 12). A partir de estas dos premisas, e insistiendo especialmente en la negación del tópico secular que propugna la “excepcionalidad de España” como la tierra por antonomasia en la que el perenne mal augurio no deja crecer la hierba del optimismo, las más de cuatrocientas páginas del libro sirven al autor para trazar un fresco imponente de la historia española más reciente – desde el desastre del 98 al desencanto provocado por la Transición y la llegada del actual régimen democrático – que es a la vez un paisaje sombrío en el que, en contra de lo que sucede habitualmente y gracias al buen hacer de Núñez Florencio, son justamente los árboles – representados por las docenas de protagonistas (escritores, pintores, intelectuales, políticos, etc.) cuyas pesimistas voces se dejan oír – los que forman y nos permiten ver en su conjunto ese bosque que es la realidad histórica española durante el pasado siglo XX, reconstruida por Núñez Florencio como una suerte de *collage* formado a partir de materiales de procedencia y naturaleza varia.

Entendido en el contexto del conjunto de la obra del autor, *El peso del pesimismo* culmina un ciclo que ya dura algunos años y que ha dado como resultado diversas monografías en las que Núñez Florencio se ha acercado a una serie de temas a los que la historiografía española reciente no había prestado demasiada atención. Me refiero a la cuestión de la imagen de España y de su gastronomía en el exterior (*Sol y sangre. La imagen de España en el mundo*, 2001; *Con la salsa de su hambre. Los extranjeros ante la mesa hispana*, 2004), o al tema – hoy sí más de moda – de la naturaleza y el paisaje patrio (*Hollada piel de toro. Del sentimiento de la naturaleza a la construcción nacional del paisaje*, 2005).

El peso del pesimismo está estructurado en once capítulos en los que, a partir de sendos conceptos (melancolía, decadencia, abulia, desastres, desolación, quijotismo, esperpento, negrura, fracaso, desencanto y ¿normalidad?, así entre interrogantes, entre dudas), el autor da un repaso cronológico y temático a todos los hitos que jalonan la trayectoria de ese fantasma que ha recorrido España durante décadas, encarnado en las obras y creaciones artísticas de todos aquellos que con su grano de arena han construido ese monumento al negativismo y la desesperanza que es en parte el pensamiento español contemporáneo. Si es cierto que el autor desmiente con pruebas el tópico de la especificidad y la patente española del pesimismo, argumentando que no somos una raza al margen y que cada país tiene su propia tradición al respecto, también lo es que, tras la lectura de este documentado estudio y viendo en perspectiva cómo nace esta visión trágica de la vida y se reproduce el desánimo de generación

en generación, se tiene la impresión de que el pesimismo ha sido – parafraseando a Ortega y Gasset – el tema de todos nuestros tiempos.

Tras un capítulo introductorio – “Melancolía” – en el que Núñez Florencio nos habla de la “doble percepción” del pesimismo y del pesimista, hacia el que uno siente a la vez rechazo – por la negatividad que desprende – y simpatía – en razón de ese prestigio excesivo que según el autor siempre rodea a la figura del escéptico o melancólico –, nos situamos en ese inicio del recorrido que marca el *annus horribilis* del 98 y que coincide temporalmente con la aparición en España de una figura – la del *intelectual* – que hará precisamente de la denuncia y la crítica de la realidad su forma de vida, su razón de ser. Erigido en conciencia de la multitud, el intelectual finisecular ejerce como altavoz y canalizador de ese sentimiento de desazón que viene de antes pero al que, para colmo, se le viene a añadir ahora la derrota militar y la pérdida de unas colonias convertidas en la metonimia perfecta, en la última parte de ese todo, otrora poderoso, que fue nuestro glorioso Imperio.

De aquí en adelante, el autor nos guía por un recorrido sin tregua en el que no se vislumbra atisbo alguno de esperanza. De la pesadumbre con la que nace el siglo avanzamos reflexionando a través de los discursos sobre la decadencia de la nación española derrotada (la famosa dicotomía entre las “naciones emergentes” y las “naciones moribundas”, establecida por Lord Salisbury) y sobre la abulia innata del tipo español y su plasmación en la literatura de Ganivet, Azorín, Baroja o Unamuno. Con el capítulo “Desastres” salimos por un momento de la geografía española para recordar aquellos escenarios del norte de África en los que el ejército español sucumbía una y otra vez a la moral de la derrota. Inmediatamente después volvemos al suelo patrio – nunca mejor dicho – para estudiar la imagen proyectada por Castilla y por la tristeza de un paisaje – la “áspera Meseta” – convertido en metáfora de la falta de recursos de un país pobre de solemnidad en lo material y en lo intelectual. Pasando de lo físico a lo metafísico, se estudia el resurgir del quijotismo – “la enfermedad nacional por antonomasia” – en el primer tercio del siglo XX y la relectura de la obra de Cervantes como símbolo de la derrota del idealismo. Y siguiendo el hilo de la literatura, de *El Quijote* pasamos al Max Estrella valleinclanesco, en un capítulo dedicado al género del esperpento como culminación o reducción al absurdo de toda la tradición pesimista que pasa así de lo grave a lo grotesco, al escarnio.

Un capítulo muy interesante, por lo que tiene de inusual en un libro de historia intelectual como éste, es el que Núñez Florencio titula “Negrura”, en alusión a la famosa “Leyenda negra” y a los tonos oscuros empleados en la estética más tenebrista de Goya, Zuloaga o Solana, autores sobre cuyas obras versan algunas de estas páginas. Tras este excursus pictórico volvemos a la ingrata senda de los acontecimientos y nos encontramos con el “millón de cadáveres” provocado por la Guerra Civil y con una posguerra dominada por la represión y por ese ambiente asfixiante tan bien captado por Martín-Santos en esa obra maestra que es *Tiempo de silencio*. Estamos en una época marcada por el aislamiento ideológico y el atraso científico y de todo tipo respecto a nuestros vecinos europeos, viviendo en esa indigencia intelectual que llevará a María Zambrano a decir que “España” e “inteligencia” son conceptos antagónicos.

En los dos últimos capítulos de *El peso del pesimismo* se profundiza en el manido tópico de la Transición española como un proceso modélico y ejemplar de pacto entre caballeros. El desencanto provocado por el proceso en algunos sectores de la izquierda española se traducirá en los movimientos contraculturales de los años ochenta (la “Movida” madrileña y sus versiones o derivaciones) y en el surgimiento de esa sensación de oportunidad perdida tan

bien recreada por Vázquez Montalbán en algunas de sus novelas. Solo a mediados de los noventa se empieza a hablar en España de normalidad, gracias a la publicación de trabajos que se empeñan en cambiar la visión que tenemos sobre nuestro propio pasado. La conmemoración del centenario del 98 servirá como dice Núñez Florencio para “relativizar” su verdadera incidencia y para situar nuestra experiencia en un contexto en el que España ya no es vista como una nación fracasada, sino como un país en cuya trayectoria hay sombras pero también luces, éxitos. Este consenso entre las partes a la hora de reconocer la exageración de tanta autoflagelación solo se rompe, constata el autor, con la aparición de análisis y juicios recientes que tanto desde la derecha conservadora como desde la izquierda progresista, intentan hacernos ver que no, que todavía no hemos salido del pozo y que a este paso el barco se puede ir a pique en cualquier momento. Es esta crispación reciente generada por aquellos que defienden “la desdicha de ser español” lo que hace poner al autor el título del último capítulo entre interrogantes – “¿Normalidad?” –, como haciendo una advertencia al lector y lanzando un aviso a navegantes sobre la dificultad que todavía hoy reviste para algunos intelectuales el hablar de la situación de España en términos positivos. La conclusión a la que llega el autor confirma los peores presagios: el pesimismo ha tenido un peso fundamental en la historia del pensamiento de un país en el que ha existido “una persistente tendencia a enjuiciar nuestra historia, valorar nuestro presente y mirar las cosas en general desde una perspectiva exageradamente crítica, cuando no con abatimiento, ira o desprecio” (p. 439).

Triste balance, pues, que contrasta, sin embargo, con la impresión que me queda tras la lectura de un libro que, al menos a mi juicio, cumple con las expectativas que genera desde sus primeras páginas. Núñez Florencio ha escrito un muy recomendable ensayo de historia cultural en el que, como advierte el mismo autor al final, “prima la dimensión empírica”. Constato que es así y que, frente a esa “tentación metafísica” a la que se entregan muchos de los protagonistas del libro al reflexionar sobre la esencia del ser español, es éste un libro muy documentado en el que la elaboración teórica se sostiene siempre sobre los cimientos de multitud de testimonios y fuentes que proliferan aquí y allá. Efectivamente, estamos ante un texto muy bien escrito en el que se percibe claramente el esfuerzo del autor por intentar lograr ese difícilísimo equilibrio entre la erudición y la síntesis, entre la exhaustividad pensada para el colega exigente y el discurso más accesible a esos lectores no especialistas de los que el historiador suele olvidarse casi siempre. Creo que *El peso del pesimismo* se acerca mucho a ese ansiado término medio, aunque quizá en algunos pasajes concretos – y pienso ahora en el lector menos puesto en el tema que quiera acercarse a él por primera vez – la abundancia de referencias hace un poco difícil discernir la voz del autor de las de todos los interlocutores con los que dialoga.

En cualquier caso, lo que resulta indudable es que estamos ante un libro original en su concepción y hábilmente resuelto en su compleja ejecución, llamado sin duda a convertirse en referencia no sólo para los que trabajamos sobre el periodo del fin de siglo español y la crisis cultural que por entonces se produce, sino también para cualquier historiador que desee abstraerse del tópico fácil y sienta curiosidad por ir un paso más allá y por reconstruir la trayectoria de un pensamiento sobre España que bien podría resumirse empleando aquellas célebres palabras pronunciadas por Buzz Aldrin al poner los pies en la Luna: “Beautiful, beautiful. Magnificent desolation”.

Francisco Fuster García
Universidad de Valencia
Francisco.Fuster-Garcia@uv.es

Fecha de recepción: 14 de diciembre de 2010

Fecha de aceptación: 12 de enero de 2011

Publicado: 15 de junio

Para citar: Francisco Fuster García, “Rafael Núñez Florencio, *El peso del pesimismo: del 98 al desencanto*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2010. 480 pags.”, *Historiografías*, 1 (primavera, 2011): pp. 126-129, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/1/r4.pdf>